



MARCO Y ESTAMPA

DE UN SOLDADO

Don Enrique Martín Sánchez

- *Subteniente mutilado*
- *Quizá el suboficial más antiguo del Ejército*

Por M. PARRILLA NIETO

CASI de puntillas, como quien teme despertar a un niño, entre vitrinas, uniformes, estandartes y reliquias de la Historia Patria, me acerco lentamente, cargado de respeto, hasta un ángulo desde el que puedo ver la venerable imagen de un anciano octogenario que hoy me lleva a visitar la sala que el Museo del Ejército dedica a los gloriosos recuerdos del arma de Caballería.

Le contemplo de lejos, sin que él advierta mi presencia. Necesito mirar, mirar y empaparme de figura antes de decidirme a transformar, a vuelapluma, la percepción en el entendimiento.

Sentado en una silla, sin más tapiz que el duro maderámen, junto al alféizar de un ventanal con vidrieras emplomadas, como todos los viejos, buscando la solana, más parece por la quietud y nobleza de su porte, la estatua de un belífero de Fidias que la humilde estampa de un abuelo metido a ser soldado.

Sobre su frente surcada de pensares que sólo son recuerdos, caen lánguidos a fuerza de inclinarse frente al tiempo, lacios mechones de cabello blanco; pelo cano que sirve de corona a una figura rota por el plomo encendido de la guerra y sin embargo, bronce indeclinable frente a los avatares que conforman su existencia.

Es... ¡Miradle allí! Aquél señor de traje negro con una pierna rígida y la mano derecha descompuesta. Sí, ese que se apoya con la izquierda sobre un bastón de palo.

¡Este mismo!: Don Enrique Martín Sánchez. Subteniente mutilado y posiblemente el más antiguo de cuantos suboficiales prestan hoy servicio en nuestro Ejército.

—Buenos días don Enrique. ¿Qué tal se encuentra esta mañana?

—Hombre..., no estoy mal del todo, pero la artritis... Hay veces que no puedo ni levantarme de esta silla.

—¿Aún con el bastón?

—Con él y todo. Yo creo que a fuerza de estar juntos también renquea de vez en cuando.

Me sonríe mientras soporta sus achaques con un mal disimulado movimiento de la silla.

—¿Qué te trae por aquí?

—Pues verá... Yo quería que le conocieran todos los suboficiales españoles a través de una charla, que en su día pueda ser publicada en la revista FORMACION. Si usted no tiene inconveniente, claro.

Sin perder su eterno gesto de bondad, juguetea con el bastón entre los dedos de su mano sana y sonriendo cucamente, me advierte:

—¿Pero oye, esto no serán cosas de política, verdad?

—Le aseguro que no. Puede estar tranquilo.

—¿Y cómo dices que se llama esa revista?

—FORMACION.

—FORMACION... FORMACION... Suena bien, muy bien, además si tu lo dices... pues nada. Cuando quieras puedes empezar a preguntarme, Yo te iré respondiendo como Dios y mi memoria lo permitan.

Se reclina en lo posible, apoyando su espalda sobre el duro respaldo del asiento. Espera.

—¿Puedo apoyar el papel sobre esta vitrina?

—Bueno, pero ten cuidado y no hagas mucha fuerza. Ten en cuenta que lo que hay dentro son recuerdos del general Silvestre, y aquel señor... ¡Qué militar! Pero a lo que vamos, ¿qué me decías?

—Pues para empezar: ¿El año de su quinta?

—Soy del dieciocho. Ingresé en el Ejército a finales de enero del año diecinueve, por haber nacido el veintitrés, también de enero de mil ochocientos noventa y siete.

—¿Cuál es su empleo actual y antigüedad en el mismo?

—Soy subteniente —como bien sabes— y muy antiguo por cierto, del tres de diciembre de mil novecientos cuarenta y dos.

—Usted pertenece al cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria. ¿Podría contarme algo acerca de cómo y cuando fue herido?

—Fui herido en Monte Magán. Yo iba en la quinta Compañía del grupo de Regulares de Tetuán número 1. Tratábamos de liberar unas posiciones bloqueadas por el enemigo. Eran fuerzas que mandaba el hermano de Abd-El-Krin. Fue... a finales de octubre del año veintiuno. Después del desastre de Melilla.

—¿Recuerda de qué forma fue atendido tras el momento de recibir su herida?

—Hombre, claro que lo recuerdo. Recibí un tiro en el brazo derecho. Este —y señala una extre-

midad anquilosada, con una mano surcada por ramas de venas azules a punto de escaparse de la piel—. Fui evacuado a un puesto de socorro en pleno frente. Allí permanecimos juntos durante cuatro días los heridos, los muertos y los que a cada momento agonizaban. Aquello fue espantoso. Hacía un calor infernal y nos comían las moscas. Era el puesto de Xuallao.

Entre los dedos asarmentados de su mano izquierda rebaila la empuñadura del bastón. Carraspea. Remueve en su memoria el tiempo y el espacio. Seguimos.

—¿Cómo eran aquellos hospitales de campaña?

—Los hospitales... Si es que se les podía dar ese nombre, no eran malos, pero carecían de medios. A mí me trasladaron al de Tetuán y en vista de que la herida iba cada vez peor fui evacuado a Ceuta y de allí a Sevilla y en esta ciudad tuvieron que operarme, porque la cosa iba ya muy mal, muy mal.

—¿Qué hizo usted una vez vuelto a su tierra?

—Desde Sevilla regresé a mi pueblo, Azuaga, y hacer... lo que se dice hacer, pues no podía dedicarme a nada. Yo era ya un manco, aunque siguiera conservando el brazo. Entonces a los pocos meses me llamaron a Madrid y tras pasar los reconocimientos reglamentarios en Carabanchel, me integraron en el extinguido cuerpo de Inválidos con la categoría militar que tenía en el Ejército, es decir, cabo.

—¿Tardó mucho en ascender a sargento?

—No demasiado. Unos cinco años aproximadamente. Ascendí en el veinticinco.

—¿Cuál era entonces la paga de un sargento?

—Si la mides con el metro de hoy, muy corta, casi nada, pero en aquel tiempo daba para ir tirando, eran treinta y dos duros.

—A través de sus largos años de permanencia en el Ejército, habrá conocido grandes militares, de entre ellos, ¿recuerda alguno con especial admisión?

—Hombre... pues así de momento, citar uno... es difícil. Ten en cuenta que he servido a las órdenes de muchos. ¡A propósito! Hablando de admiración, ¿te has fijado en esa foto —señala con el bastón extendido, a una cartulina amarillenta que se exhibe en una de las paredes de la sala—, ¿sabes quién es?

—No. He de confesarle que no. Desde aquí no puedo leer la cartela ¿Quién es?

—Pues nada menos que el general Cavalcanti. El de la carga de Tardixt. Yo no serví a sus órdenes, pero siempre le admiré como uno de los hombres más grandes de nuestra historia. En fin..., ¿de qué estábamos hablando? ¡Ah! Sí, de mis jefes, ¿verdad? Esta memoria... Conocí en mi Compañía tres capitanes, uno don Manuel Trigueros Plaza, estaba en el Batallón de Cazadores de Madrid número dos. Otro don Rafael Radas Peral y el último don Carlos Landa y de León. Los tres fueron extraor-

dinarios. También recuerdo con especial gratitud a don Luis Muniz, muerto en campaña recién tomado Xessahuen, entonces quedó al mando de la segunda Compañía del segundo Tabor el teniente don Antonio Cuesta Moyano, que fue relevado por el capitán don Eduardo Sáenz de Burruaga. ¡Extraordinarios militares todos!

—Oiga ¿Y dice usted que le falla la memoria?

—Ya ves, se me olvida lo de hoy. Lo de ahora mismo y sin embargo... estas cosas siempre las recuerdo.

Le veo incómodo, robando posiciones imposibles al anquilosamiento de sus músculos. Sonríe, siempre sonrío.

—¿Quiere levantarse? Podemos pasear por la sala mientras charlamos. El Sol ya pica aquí junto a la ventana.

—Por mí no lo hagas, hijo. Yo me paso las horas muertas sin apenas cantarme de esta silla, pero si quieres...

Coloca el bastón en posición vertical y haciendo con él palanca, tras una ligera maniobra, queda en pie.

Comenzamos a caminar muy lentamente por el estrecho pasillo que nos queda entre una multicolor alineación de uniformes de caballería y la fabulosa colección de sables del marqués de Puerto Seguro.

Recorre la sala con la vista. Su misión de centinela de leyendas no se olvida ni con la más grata de las conversaciones.

—Hay que estar atento —me dice—. Aquí viene gente de todas clases. Preguntan, toman notas..., en fin, hay de todo. ¿Por dónde íbamos?

—Hablábamos de hace años, pero ahora vamos a dar un pequeño salto en el tiempo.

—¿Les afectó a ustedes, los inválidos de guerra el cambio del catorce de abril de mil novecientos treinta y uno?

—Sí, Azaña creó el Cuerpo de Suboficiales y el Gobierno nos dió a elegir, entre permanecer en el antiguo de inválidos o integrarnos en el recién creado.

»Yo fui uno de los que se acogieron a la nueva Ley y eso fue lo que me estropeó, porque de haber continuado en mi cuerpo de origen ahora sería jefe, posiblemente coronel y sin embargo en el de suboficiales... ya ves, me cerré las puertas sin saberlo.

—¿Cuál era su situación al estallar la guerra?

—Estaba en mi pueblo, con la familia. Allí también llegaron los bombardeos y las atrocidades de aquella contienda. A mediados del año treinta y seis pudimos venir a Madrid, concretamente a este Museo. Aquí tenía buenos amigos y nos acogieron bien, muy bien. Quedé prestando servicios, aunque el Centro estaba cerrado al público y aquí permanecí hasta que nos trasladaron a unos cuartos a la Escuela Superior de Guerra, en Valencia y en aque-

lla ciudad me cogió el uno de abril del treinta y nueve. Más tarde, en el cuarenta y dos, fui depurado y nuevamente regresé al pueblo con la familia. Allí estuve hasta hace veinticuatro años que vine destinado definitivamente al Museo del Ejército.

—¿De qué vivió usted durante los años que permaneció en su tierra ajeno a la milicia?

—Recibía mensualmente mi pensión de mutilado. Poca cosa era, pero íbamos tirando; además yo me dedicaba a enseñar por los cortijos y siempre sacaba para cubrir algunos gastos.

—¿A enseñar qué?

—Pues que había de ser, a leer, a escribir, principios de matemáticas, en fin, lo que yo sabía.

—Es decir, que durante aquellos años usted ejerció de maestro ambulante.

—Así podría llamársele. Además nació en mí la afición a la poesía, pero eso sí, sin que me llevara el interés a publicar nada, pues todo lo que he escrito, que no es poco, lo conservo para legárselo a mis nietos. Ahora me cuesta trabajo hilvanar un mal pareado, si me esfuerzo me duele la cabeza y lo tengo que dejar.

—En esa faceta si que no le conocía yo. ¿Tiene usted aquí alguna de sus composiciones poéticas?

—Creo que sí. Yo llevo siempre a mano mi archivo personal. Vamos a ver... Toma, ¿quieres sostenerme el bastón? Echa mano a su cartera militar con las letras apenas legibles por el uso y sujetas sus tapas por una liga de considerable anchura. Abre su "archivo" y en efecto, entre tomas de razón, escritos, cartas y recortes de periódicos, aparecen como cinco o seis cuartillas escritas a máquina en forma de poesía.

—Mira, ésta está dedicada al cante español, esta otra a la sociedad, esta se refiere al egoísmo, estas dos también son pensamientos, ¿quieres que te lea alguna?

—Sí, léame algo de la primera, la del cante.

Se cala las antiparras y con mano temblorosa y voz templada comienza a recitar de esta manera:

*Me gusta mucho la música,
si es tocada con las manos,
del violín, de la guitarra
y el concierto de un piano.*

*No me agradan los sonidos
que producen los soplonos.
Malgastando en esta vida
el aire de sus pulmones.*

El ligero susurro de la voz de don Enrique, propágase a cada inflexión a través del monacal silencio de la sala. Prosigue:

*Gloria a ese cante andaluz,
que alegra las entretelas.
Fuera ese cante importao
hecho de cualquier manera.*



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BADALONA

SALUDA A LAS "FUERZAS ARMADAS"

TECOSA

Técnica y Construcción, S. A.

**ESPECIALISTAS
EN
NAVES
INDUSTRIALES**

c/. Fluviá, 64, 2.º, 1.º

Teléfonos 389 49 58 - 389 58 54 - 389 58 66 - 389 59 12

Badalona

*Con sus gestos espantosos
me forman tal desconcierto.
Que uno se queda asombrado,
con sus raros movimientos.*

*Como si España no fuera
flor de cantos regionales.
Que al mundo gusta escucharlos,
y hasta llega a entusiasmarles.*

Un visitante solitario pasa a nuestro lado, nos mira, se detiene, escucha al poeta y se retira con un atisbo de sonrisa indefinible.

*El cantar de nuestra tierra
de esta España sin igual.
Que derrocha la alegría
en cualquier festividad.*

*No tienen los españoles
que copiar de otro país.
Lo que le sobra en España
si se quieren divertir.*

*Y quien español se siente
respetar su tradición.
Sin olvidar de sus cantos
que sienten del corazón.*

Y el viejo vate da fin a sus sentidos versos. Otro día con más tiempo vendré a escucharle más y más poesías, porque según manifiesta su repertorio es más bien extenso.

—Y ahora, don Enrique, centrándonos en su actual misión, ¿puede decirme, entre los objetos que hay expuestos en este Museo, cuál destacaría usted por su valor histórico?

—*Es difícil, hay tantos..., pero puedo citarle las espadas del Cid y de Boabdil el Chico, los recuerdos del general Prim, en fin, creo que todos en conjunto destacan por sí mismos.*

Un grupo de unos veinte ancianos precedidos de unas religiosas acaban de hacer su entrada en el lugar donde nos encontramos. Parecen sombras sin ánima fugados en el tiempo. Pasan, pasan y sin apenas mirar desaparecen.

—¿Quién admira más lo expuesto en el Museo, los viejos o los niños?

—*Ya lo has visto. Los viejos lo aprecian todo, lo viven, pero siempre van a remolque de las prisas de quienes los conducen. Los niños sin embargo, demuestran su interés tomando apuntes. Ellos tendrán después tiempo para leerlos.*

—¿Preguntan mucho los visitantes?

—*Hay de todo. Yo siempre estoy dispuesto a responder a quien quiera dirigirse a mí, lo mismo a niños, padres, abuelos, maestros... todos.*

Sobre el embaldosado de la sala se escucha como un contrapunto a nuestros pasos el toc-toc del bastón de don Enrique. Estamos terminando.

—¿A su edad no se siente ya cansado de prestar servicio?

Detiene la marcha para contestar a esta pregunta. Su venerable estampa confúndese con las inmóviles figuras de leyenda que nos dan escolta: Son los húsares, santiagos, calatravas, mosqueteros...

—*Es de ley que a mi naturaleza se le vayan restando energías. Ya los has visto. —Sin duda se refiere a los ancianos que acaban de pasar—. Tanto por mi edad, como por los defectos que me han causado las lesiones. A pesar de todo, me agrada estar aquí. Me siento útil, de todas formas... cualquiera que fuese mi situación, las molestias no habrían de abandonarme. Por otro lado, yo en este palacio me encuentro mejor que en cualquier otra parte, entre otras razones porque me siento rodeado de recuerdos de otros tiempos vividos por mí.*

Su gesto se entristece. Recoge un mechón de pelo que le cae sobre la frente y quieto, mirándome a los ojos me pregunta:

—¿Seguimos?

—¿Se cansa?

—*No hombre, al contrario, me agrada y es para mí una satisfacción el tiempo que llevamos charlando, hemos tratado tantas cosas...*

Sí, debe estar agotado. Llevamos toda la mañana de conversación y lo anotado en estas páginas solamente es una síntesis de nuestra charla. Reconozco haber abusado de su paciencia y admiro tanto su capacidad de respuesta como la asombrosa lucidez demostrada en todo instante a lo largo de tan dilatado parlamento.

—La última pregunta y esto se acaba. ¿Cuándo piensa dejar de prestar servicio activo?

—*Mucho tiempo no podrá ser ya. —Un rayo de melancolía ensombrece su semblante—. Mientras pueda, pienso seguir cumpliendo según la medida de mis fuerzas.*

Ya es mediodía. Los soldados van cerrando ventanas. Los últimos visitantes abandonan la sala. La oscuridad transforma en siluetas fantasmales los policromos uniformes del pasado, los bustos, las lanzas, todo... y don Enrique, con cuidado, casi con mimo, coloca su silla junto al rincón del ventanal. Será... hasta mañana. ¡Hasta mañana si Dios quiere!